

Contribución de Pierre Teilhard de Chardin a la Psicología del Espíritu.

Con la aparición del hombre, no sólo el cosmos florece en él, sino que la vida alcanza un estado nuevo, o mejor dicho, una nueva naturaleza. El hombre es en sí un ser en proceso, un ser inacabado que experimenta una gran pasión por crecer, por ser más; un hambre insaciable por saber, por hacer; una sed infinita de eternidad, de plenitud y un deseo profundo de completarse por medio de algo que lo sea todo. (Teilhard, 1965).

Psicología del espíritu.

Sin duda, una de las preguntas fundamentales que el ser humano se plantea en algún momento de su vida es ¿qué es el espíritu? Esta inquietud me condujo a realizar una investigación tanto en el ámbito de la psicología como el de la mística, con el fin de desentrañar el misterio sobre el fenómeno de la espiritualidad y su relación con el proceso de desarrollo de la conciencia. Entre los muchos autores consultados a lo largo de más de quince años de estudio, encontré que la corriente psicológica transpersonal aportaba una serie de elementos que proponen una visión del fenómeno espiritual ligado a un progreso continuo de experiencias de centración a través del cual el ser humano va adquiriendo, paso a paso, la consciencia de la necesidad de plenitud espiritual.

La psicología transpersonal realiza un profundo análisis dirigido a plantear una visión integral de la evolución en la que abarca la materia, la vida, el cosmos y el espíritu. Para ello, entretiene verdades procedentes de campos muy diversos desde la física, la biología, la neurociencia, la medicina y la bioquímica, hasta la filosofía, la psicología, la pedagogía, el arte y las tradiciones espirituales más relevantes, con el objeto de articular un conjunto de generalizaciones orientadoras e integrar los descubrimientos y verdades aportadas por los diferentes campos del saber humano, no en un intento meramente eclectista, sino encauzado a desarrollar una visión sistemática y organizada del proceso evolutivo integral del complejo fenómeno humano. Esta Cuarta Fuerza de la psicología contemporánea se aboca al estudio empírico y científico de la conciencia, así como a la promoción responsable de la vida espiritual, de las necesidades innatas de trascendencia y de los valores más elevados de la comunidad humana. A partir de esta plataforma ahora surge el término psicología del espíritu en un intento por abordar los estados integrales de salud y bienestar psicológico, así como por una clara intención de alcanzar una comprensión más profunda del llamado impulso trascendental y una

honda inquietud encaminada a promover el desarrollo integral de la conciencia en sus dimensiones bio-psico-social-espiritual.

Aportaciones de Teilhard de Chardin.

La obra de Teilhard de Chardin, sacerdote jesuita por vocación y paleontólogo y biólogo por inclinación, se encuentra clasificada en dos grandes rubros: (a) la científica y (b) la filosófico-espiritual; razón por la cual su pensamiento en torno a la espiritualidad se encuentra expresado en ambos terrenos, en prácticamente en todos sus escritos. Teilhard (1989) propone una teoría sobre el fenómeno de la espiritualidad al que describe como el ascenso gradual y sistemático de la conciencia que se mueve de lo inconsciente a lo consciente dentro del proceso evolutivo de un cosmos en génesis. Desde esta óptica, la espiritualización se contempla como una transformación creativa de la materia mediante la cual el espíritu se abre paso a través del proceso de unanimización que, al trascender toda multiplicidad, alcanza su punto más elevado en el Centro Omega. Este pensador define al espíritu como el principio de unión, centro de poder que, a lo largo del proceso evolutivo, permite sintetizar y sublimar lo múltiple enlazando y religando entre sí a todos los elementos que constituyen el mundo. "Por espíritu entiendo el Espíritu de síntesis y de sublimaciones en el que, laboriosamente, mediante tanteos y fracasos interminables se concentra la potencia de unidad difundida en lo Múltiple universal: el Espíritu nace en el seno y en función de la Materia" (Cuenot, 1970, p.115). El desarrollo del espíritu, así contemplado, se relaciona íntimamente con la expansión histórica de la conciencia en la Tierra, así como con la profunda concentración o interiorización de la conciencia personal. Teilhard sostiene que el hombre, como tal, se ha embarcado en la búsqueda de la unidad pasando por una serie de fases en las que fluctúa entre lo individual y lo personal, así como entre el culto a la materia, que implica la negación de lo espiritual y el culto al espíritu que le conduce a prescindir de lo material. A lo largo del proceso evolutivo, declara este pensador, "(...) el Espíritu ya no es el antípoda, sino el polo superior de la Materia en camino de sobre-centración" (1967c,p 61). Esto significa que, bajo la ley teilhardiana de la centro-complejidad, el proceso evolutivo de la humanidad considerada como un todo, supera la suma de las actividades y de las conciencias individuales y las sintetiza en una unanimidad en cuyo interior cada persona se encuentra totalmente diferenciada, pero a la vez, constituye la expresión parcial e irremplazable de una totalidad espiritual específica de la tierra a la que Teilhard se refiere como un "Espíritu de la Tierra" (1967c, p. 44). El estado de unanimidad o, en otros términos la conciencia unitaria, consiste que cada grano de pensamiento llevado hasta el extremo de su conciencia particular no será otra cosa más que la expresión incomunicable, parcial y elemental, de una conciencia total común a toda la Tierra, un Espíritu específico de la Tierra.

Desde esta perspectiva, el desarrollo del espíritu se relaciona íntimamente con la expansión histórica de la conciencia en la Tierra, así como con la profunda concentración o interiorización de la conciencia personal. En el mundo fenoménico, el espíritu no se manifiesta en estado puro sino a través del proceso

de espiritualización, entendido éste como el sentido concluyente de la evolución del universo o, expresado en otros términos, la transformación que la materia sufre cuando se concentra en la Tierra y se interioriza en el hombre. Teilhard (1967e) declara que desde el punto de vista puramente científico y experimental, el verdadero nombre de espíritu es espiritualización. Por consiguiente, este término lo considera como sinónimo de espíritu cuando se enmarca en una perspectiva dinámica y genética en la que la materia y el espíritu se contemplan como variables conciliadas. Esto quiere decir que, a lo largo de la flecha del tiempo, se va dando un proceso dinámico de lo inanimado a lo animado, de lo inconsciente a lo consciente, de lo consciente a lo autoconsciente y de éste a lo espiritual. A partir de esta visión, la espiritualización se entiende como la metamorfosis que consiste, no en la separación de la materia, sino en su transformación mediante la actualización de la potencia espiritual que se encuentra en estado de latencia en la dimensión transpersonal o espiritual propia de la naturaleza humana. A partir de esta óptica, la espiritualización constituye el estado superior alcanzado en el hombre y a su alrededor por la trama del Universo. De aquí se desprende la propuesta teilhardiana que sostiene que la energía espiritual no es el resultado de la disociación espíritu-materia, sino una única realidad indivisible. La superestructura consciente (espíritu) se basa en la infraestructura material. En otras palabras, espíritu y materia son fundamentalmente las dos caras de una misma moneda, debido a que en la transformación evolutiva propia de la trama del universo no existe en concreto materia y espíritu, lo que en realidad existe es la materia en proceso de espiritualización. Teilhard afirma que "no hay en el Mundo ni Espíritu ni Materia: la trama del Universo es el Espíritu-Materia. Ninguna otra sustancia aparte de ésta, podría dar la molécula humana" (Teilhard, 1967e. p. 64). Esto no significa que el Espíritu se encuentra conformado por la confluencia de los "ego" humanos sino que de la síntesis de estos surgen nuevos centros como resultado del proceso de centro-complejidad. Sin embargo, apunta este pensador, solamente los núcleos reflexivos (los holones humanos), por ser los únicos capaces de adherirse a Omega, representan la fracción irreversible del Universo espiritualizado. En este sentido, Teilhard es consciente de que esta idea se opone diametralmente a la concepción dual del mundo a la que la ciencia no quiere renunciar, pero insiste en la importancia de dar un nuevo paso especialmente si se considera que es impensable hablar ya sea de lo espiritual puro, como de lo material puro. En otras palabras, desde la perspectiva de la cosmogénesis de convergencia que Teilhard plantea, la relación de los dos elementos es inevitable, no puede existir en la tierra el espíritu considerado como la superestructura consciente, si éste no se basa en la infraestructura material y, a la inversa, la materia pura o materia física no puede ser reconocida si no es mediante esta supraconciencia que liga y religa entre sí todos a los elementos constitutivos del mundo para así, "...concentrar la potencia de unidad difundida en lo Múltiple universal" (Teilhard.1967c. p. 62).

Desde la perspectiva teilhardiana, la vida en su totalidad temporal y espacial, representa el término de una metamorfosis de enormes proporciones en el curso histórico de la Tierra, de la cual lo que se conoce como materia concreta se repliega sobre sí misma y se interioriza. Por lo tanto, el fenómeno espiritual,

consiste en “un cambio de estado cósmico” (Teilhard. 1967e. p. 105). Dicho de otra manera, al reconocer la existencia del fenómeno espiritual como un cambio de estado, Teilhard abre un nuevo horizonte hacia el cual el mundo se perfila en un movimiento cósmico que posee tres cualidades: la primera sostiene que este movimiento es irresistible dado a que si el mundo en su conjunto tiende hacia la conciencia, nada puede oponerse al crecimiento del espíritu; la segunda declara que es irreversible debido a que, si el proceso tiende naturalmente hacia la conciencia y al desarrollo espiritual, esto es signo de que debe alcanzar victorioso su término natural. En este sentido este pensador apunta que en el caso de la conciencia, el fenómeno espiritual es perfectible. Y, por último, a su cualidad totalizadora. Es decir, el fenómeno espiritual converge en el Espíritu en el que todos los elementos del mundo se prolongan sin confundirse en un centro distinto y autónomo, suma de todo el pasado y foco último del porvenir: el Punto o Centro Omega.

Cuando la energía -contemplada como la forma más primitiva de la trama universal- por efecto de la complejificación y la personalización incluye y trasciende el orden material (fiosfera), el biológico (biosfera) y el psíquico (noosfera) de la existencia humana, cobra una nueva dirección y una nueva amplitud que, desbordando el plano de la materia organizada, se transforma en energía espiritualizada. Teilhard se refiere a ésta como "la flor de la Energía Cósmica" (1967c. p. 139) que representa la parcela más interesante del potencial humano y cuya dinámica se encuentra animada por el amor universal contemplado éste como la más misteriosa y formidable de las energías humanas. Desde esta óptica, el amor como principio totalizador de la energía humana, bajo la influencia animadora de Omega, tiende a ir más allá de la diversidad, a fundir sin confundir, a totalizar sin despersonalizar, a ultrapersonalizar al unir.

Desde la perspectiva teilhardiana, el amor constituye la energía que transforma lo diverso en universo, tiene su origen en el foco divino que activa la unión de persona a persona, de centro a centro sin por ello llegarse a confundir con sus influencias y efectos afectivo-emocionales. Así contemplado, el amor es la substancia misma de la unión creadora y el signo palpable de la convergencia del universo. No es posible ignorar, declara Teilhard (1963), que en el camino hacia la unificación el hombre ha tendido hacia la deshumanización mediante el juego de la asociación propia de los mamíferos hacia el contacto superficial y hacia la intelectualización propia de la ciencia positivista, creando con ello nuevas y diversas servidumbres. Sin embargo, el ser humano, en su proceso hacia la humanización es capaz de amar a otro ser humano o a muy contados seres humanos que le rodean. Pero más allá, existe en él el potencial y la fuerza de ese instinto irresistible que le conduce hacia la unidad, hacia el sentido del universo, del todo. Esto significa que a lo largo del proceso evolutivo, la energía humana tiene el potencial y la capacidad para ir mucho más lejos de lo meramente biológico y psicológico, pasando por toda una gama de expresiones amorosas que culminan en un gesto único de comunión espiritual. Es frecuente imaginar que el amor se agota en sus diversas formas naturales como son amar a la pareja, a los hijos, a la familia, a los amigos y, en ocasiones, al país. Sin embargo, esta lista se

extiende hasta el infinito cuando se abre a la pasión más fundamental que es aquella en la que todas las fibras de lo real convergen -sin llegarse a confundir- en un Centro Omega a la vez personal y universal. Esta es la forma más sublime de la energía humana en la que la noosfera manifiesta un estado general y nuevo que conduce a que el amor no solamente reúna las dimensiones psicológicas del mundo sino que vaya más allá al cobrar una conciencia planetaria que naturalmente tiende hacia la omegalización. Teilhard (1996) postula que así como no existe más que una única materia creada para sostener el crecimiento sucesivo de la conciencia en el cosmos, no existe sino "...un sólo sentimiento fundamental en la base de todas las místicas, a saber: El amor innato de la persona humana, extendido a todo el Universo" (p. 177).

Proceso evolutivo.

Como se ha mencionado, Teilhard contempla la espiritualidad como un proceso dinámico de transformación que constituye una parte integral del desarrollo de la conciencia hacia su plena maduración tanto a nivel individual, como colectiva. Esto implica que la evolución de la conciencia y, junto con ésta el desarrollo de la espiritualidad, atraviesa por las siguientes fases que corresponden a los niveles evolutivos de la conciencia que González Garza (1995) plantea en su propuesta sobre la Espiral de la Conciencia. Ésta constituye una visión del proceso de desarrollo a través del cual la conciencia se manifiesta en las diversas etapas evolutivas que a continuación se presentan:

1. Esfera arcaica (biosfera) constituye el nivel más reducido de conciencia. Su estructura es arreflexiva y sus características más relevantes son: la vida orgánica inconsciente, la fusión pleromática y la indiferenciación. Esta fase se refiere al momento de la reproducción y la gestación en el que la onda de la vida se transmite o comunica al hijo por medio de la célula fecundada. En esta etapa, la evolución biológica es simplemente un efecto de la transmisión germinal. Sin embargo, Teilhard (1967b) sostiene que el crecimiento del soma no depende absolutamente del "germen" de la herencia. Si así fuera, éste "privaría a los individuos de toda responsabilidad en el desarrollo de la raza o de la rama de que forman parte" (p. 40).
2. Esfera biológica (biosfera) presenta una estructura pre-reflexiva y sus principales características son: la emergencia de la dualidad sujeto-objeto, la identificación con el cuerpo, el egocentrismo y las motivaciones deficitarias. Teilhard (1967b) se refiere a esta etapa cuando dice: "La conciencia que vamos adquiriendo gradualmente de nuestras relaciones físicas con todas las partes del Universo constituye un auténtico engrandecimiento de nuestras personalidades. Realmente se trata de una animación progresiva, de la universalidad de las cosas en torno a cada uno de nosotros. Significa que en el campo exterior de nuestra propia carne continúa formándose nuestro cuerpo auténtico y total" (p. 30).
3. Esfera psicológica, se identifica por la emergencia de la noosfera

(pensamiento). Sus características principales son: la identificación con la mente, sus procesos y funciones, el desarrollo del pensamiento lógico, lineal, sintáctico, realista e intuitivo, los procesos imaginativos y simbólicos, la adquisición y el dominio del lenguaje y las motivaciones de déficit, basadas en las necesidades psicoafectivas. El tránsito de la vida animal instintual a la vida humana reflexiva, al que Teilhard (1967a) se refiere como la hominización, constituye un proceso progresivo y continuo que va del instinto al pensamiento. La emergencia de un ego de orden individual, así como el desarrollo de la capacidad reflexiva propia de esta fase otorga a la conciencia la facultad de ser consciente, razón por la cual ésta brota como un acontecimiento sin precedentes al conformarse como una unidad pensante que se sitúa en los límites superiores de la noogénesis en donde las potencialidades espirituales del universo convergen.

4. Esfera personal, se encuentra bajo la influencia de los principios de autorrealización y de intencionalidad. En esta etapa se alcanza la cristalización de un sí mismo existencial que se caracteriza por la capacidad de reflexión, de discernimiento, de desapego del egocentrismo, así como por las motivaciones de desarrollo, el reconocimiento de los valores morales y la síntesis bio-psico-social. La consciencia de sí mismo, producto de la reflexión, se encuentra constituida por vez primera en un centro puntiforme, un foco dinámico de unión capaz de centrarse cada vez más en sí mismo y de abrirse a la emergencia de las primeras señales de la socialización. Esta nueva etapa evolutiva lleva consigo la apertura necesaria para el establecimiento de relaciones universales, así como la tendencia hacia la personalización.
5. Esfera organísmico-social, fase que marca el tránsito entre la humanización y la personalización que consiste en la consciencia de ser con y para los demás. Constituye la etapa de la socialización, el elemento vital de la espiritualización debido a que una vez que la conciencia se encuentra suficientemente multiplicada y centrada tiende naturalmente a agruparse con sus semejantes de manera que pueda formar con ellos un conjunto orgánico más amplio, más evolucionado.
6. Esfera transpersonal (espiritual), se rige por los principios de común unión y amor fraterno y marca el tránsito de la personalización -que implica la compenetración con todos los otros centros individuales- a la planetización o unanimización contemplada como la etapa en la que la conciencia se reconoce e integra al Espíritu de la Tierra. Sus principales características son la percepción holística (integral) de la realidad, la significación de los valores humanos más elevados, la integración de polaridades y la trascendencia de los apegos. Podría considerarse que este es el clímax del desarrollo de la conciencia, sin embargo, el proceso de espiritualización que se inicia en el punto al que Teilhard se refiere como Alpha (origen) continúa en ascenso girando en espiral, siempre al rededor de su mismo eje, hasta que llega el momento del despertar al Omega, a su verdadera esencia, punto en el que la

realización del espíritu humano, del Espíritu de la Tierra se realiza.

Conclusión

La psicología del espíritu, sostiene que la espiritualización se encuentra en el corazón de la existencia humana, es decir, no se percibe como algo separado de la vida ni como algo que se añade a la existencia sino como una cualidad de la experiencia personal que integra la intuición, la reflexión y el discernimiento que permean toda actividad humana. Es a partir de esta óptica que Teilhard (1967a) considera que la evolución de la humanidad se encuentra íntimamente ligada al desarrollo de las conciencias individuales en su tránsito hacia la omegalización.

El proceso evolutivo de la conciencia, contemplado desde esta perspectiva, sostiene que ésta tiende de manera natural hacia el Omega, núcleo de unificación en el que no hay cabida para el temor a perder el tesoro de nuestra pequeña personalidad en una masa informe o a caer en el colectivismo ciego. En las esferas de la fiosfera y la biosfera, el espíritu se manifiesta en una forma pre-reflexiva e instintiva que se inclina hacia la unión, con el objeto de trascender el ámbito de los reinos autocéntricos. Con la emergencia de la reflexión se transforma el espíritu al humanizarse y así, al descubrir la conciencia explícita de la evolución, la espiritualización se personaliza privilegiando la totalidad de las relaciones interhumanas y despertando al espíritu en la plenitud de su papel cósmico. Teilhard, a lo largo de toda su obra, afirma que la unión personaliza en la medida en que este acercamiento de centro a centro surge espontáneamente a través del amor espiritual, por ser éste el que realiza el milagro de la ultrapersonalización y, en una fase aún más decisiva, abre paso hacia el punto Omega en el que el Espíritu se realiza.

Referencias bibliográficas

- Cuenot, C. (1970). *Nuevo léxico de Teilhard de Chardin*. Madrid: Taurus.
- González-Garza, A.M. (1995). *De la sombra a la luz*. México. Editorial Jus.
- Teilhard de Chardin, P. (1963, 1967a). *El fenómeno humano*. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1965). *La aparición del hombre*. Madrid: Taurus. (5a. Ed.).
- Teilhard de Chardin, P. (1967b). *El porvenir del hombre*. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1967c). *La Activación de la energía*. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1967e) *La energía humana*. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1970). *Como yo creo*. Madrid:aurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1989). *El medio divino*. Madrid: Aliaza-Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1996). *Himno del universo*. Madrid: Editorial Trotta.